

## MUJER, INMIGRACIÓN Y LA *BANLIEUE PARISIENNE*

Fadela AMARA, *Ni Putes Ni Soumises*, París, La Découverte, 2003. (Traducción al español: Fadela Amara (2004): *Ni putas Ni sumisas*. Ediciones Cátedra, Madrid).

«Ni puts ni soumises» es el nombre de una asociación feminista nacida el 8 de marzo de 2003 a partir de una marcha celebrada en París y protagonizada por un grupo de mujeres dispuestas a acabar con la violencia y la opresión sufrida en los barrios obreros de las afueras de diversas ciudades francesas a manos de sus congéneres masculinos. La situación de violencia cotidiana sufrida por estas mujeres descendientes de inmigrantes árabes lleva en un momento dado a reflexionar sobre la situación y a buscar posibles vías de salida. Encabezada en el comienzo por ocho personas, seis chicas y dos chicos, la marcha llegó a aunar a más de treinta mil personas, la mayoría procedentes de barrios marginales, lo que constituyó un auténtico triunfo jamás esperado y que logró alzar la voz hasta el primer ministro del país en ese momento, Jean-Pierre Raffarin. Tras las cinco semanas que duró la marcha, Fadela Amara y sus acompañantes tuvieron entonces la oportunidad de presentar, ante Raffarin y diversos ministros, cinco propuestas prioritarias dirigidas a paliar y mejorar la situación. La primera propuesta hace referencia a la creación de una guía de la educación en el respeto hacia los demás y en especial hacia las chicas. Esta guía se repartiría en diversos colegios e institutos con el objetivo de incidir sobre futuras conductas de los jóvenes. Otra de las propuestas consiste en la creación de casas de acogida para chicas que hayan sido repudiadas por la familia o cuya vida se encuentre en peligro, casas donde podrían continuar con sus estudios o recibir las ayudas adecuadas para insertarse en la vida laboral. Una tercera propuesta la constituye la puesta en marcha de un dispositivo específico de acogida en las comisarías de policía para las víctimas de la violencia machista, una medida necesaria dado el alarmante número de víctimas. En cuarto lugar se propone la creación de puntos de encuentro donde se escuche y se trate de aconsejar a chicas y mujeres en sus aspiraciones y proyectos presentes y futuros. Esto facilitarían la salida del estricto ámbito privado hacia

la esfera pública para, una vez allí, involucrarse en la vida de los barrios en pie de igualdad con los hombres. Y la última propuesta consiste en la fundación de una universidad del movimiento «Ni puts ni soumises» donde sea posible la creación de espacios de reflexión en torno a la situación de las chicas, se trataría de marcos asociativos para las mujeres que permitan la participación en debates en torno al Estado laico, los mecanismos de exclusión, la discriminación, etc.

La respuesta del gobierno ante estas cinco propuestas fue calificada en un primer momento como de muy positiva. En mayor o en menor medida las propuestas fueron atendidas aunque aún hoy se sigue necesitando una mayor implicación de aquél. Fadela Amara insiste en la necesidad de invertir en estos barrios habitados por inmigrantes e hijos de inmigrantes. La situación de abandono a la que han sido sistemáticamente sometidos se presenta aquí como una de las posibles causas principales de la aparición y desarrollo de la violencia descarnada contra las chicas. Y es que desde la llegada de los primeros inmigrantes hasta hoy la vida en los barrios ha sufrido grandes cambios. La autora narra su experiencia como hija de inmigrantes. Nacida en Clermont-Ferrand, Auvergne, concretamente en un barrio llamado Herbet, vivió una infancia y juventud marcada por la presencia de una figura paterna que describe como autoritaria y estricta. Tanto para ella como para sus hermanas, las salidas estaban limitadas, siendo necesario discutir y negociar para conseguir lo que sus hermanos obtenían por derecho. Fadela Amara cuenta cómo desde muy pequeña respiró un ambiente que dejaba muy claro una marcada diferencia entre la vida que debía llevar un chico y aquella que debía llevar una chica. No sólo carecían de los derechos que a ellos se les suponía de base, también recaía en ellas el trabajo relacionado con las labores domésticas. La tradición patriarcal las encerraba en el ámbito privado, tal y como dictaba la educación cabilla que habían heredado sus padres. En la escuela los primeros brotes de racismo comenzaron siendo pequeños detalles que pasaron desapercibidos en un principio pero que con el tiempo fueron cada vez más notables. Los otros niños la llamaban a ella y a los de su comunidad los «herbet», manera de referirse al barrio habitado por los árabes, pero era en la mirada de los demás donde notaba que era percibida como dife-





rente. Sin embargo había nacido en Francia, un país que pese a todo idolatraba como el país de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, y que sentía como suyo. Poco a poco y con ayuda de amigas, consiguió superar las barreras impuestas por la tradición para pasar a formar parte cada vez más activa en asociaciones contra el racismo. Participaba en marchas y manifestaciones junto a sus compañeros varones, aunque tales movimientos se referían a los inmigrantes de género masculino, hecho que no tardaría en denunciar. Fadela consiguió así sobrepasar las barreras impuestas por la tradición patriarcal. El ambiente en casa dificultaba sus idas y venidas en lo que se iba convirtiendo en una cada vez mayor implicación en la lucha contra la discriminación, teniendo que esquivar al padre para poder seguir adelante con sus planes. Por otra parte, permanecer virgen hasta el matrimonio era una máxima innegociable. Así les era transmitido y así era asumido por la comunidad. Sin embargo, pese a todas las dificultades a las que una chica de su condición debía enfrentarse, la autora estima adecuado señalar una cierta mejora general con respecto a la situación de sus madres, la primera generación. Y es que las mujeres de su generación han podido estudiar y trabajar, ser independientes y formar asociaciones que velen por sus derechos. Si bien es cierto que por entonces, en la década de los ochenta y en el seno de los barrios obreros, una mujer debía permanecer virgen hasta el matrimonio, también lo es que había ciertos acuerdos tácitos, se sabía que muchas chicas salían con chicos y que muchas veces practicaban relaciones sexuales antes del matrimonio y, sin embargo, era algo que se pasaba por alto. Esto no ha ocurrido así en el caso de las mujeres de la tercera generación. Las chicas de hoy en día no sólo no han vivido una continuación de este movimiento ascendente en la escala de derechos y libertades fundamentales, sino que han visto y sufrido un grave retroceso. Los problemas a los que se enfrenta esta nueva generación son mayores incluso que los que tuvieron que afrontar sus abuelas. Efectivamente, los comienzos de los años 90 marcan un antes y un después en la vida de las mujeres en estos barrios periféricos desatendidos por el gobierno central.

Las presiones masculinas sobre la población femenina en el entorno de los diferentes barrios habitados por los inmigrantes árabes y sus genera-

ciones posteriores han ido en incremento durante los últimos años. Las chicas comenzaron, en un primer momento, a experimentar graves atentados contra su libertad e independencia, más tarde los atentados han comenzado a poner en peligro su propia integridad física. De ver confiscados sus salarios en el ámbito familiar o de tener problemas para comprar y usar productos de belleza, las chicas han pasado a ser agredidas y a sufrir violaciones. Fadela Amara destaca la alta tasa de paro registrada, junto con el racismo que han debido soportar los chicos, como posibles desencadenantes de la situación. En efecto, el paro y la discriminación sufrida han provocado una pérdida de autoridad de la figura paterna y han sido los hijos los que han confiscado su lugar. Ahora es el hijo mayor quien dirige, él es el moderador, el encargado de resolver los conflictos familiares, quedando el padre en un discreto segundo plano, como ausente. Es así que el hijo mayor es quien pasa a tratar de asegurarse de que la hermana siga los dictados familiares tradicionales, con especial atención al imperativo de la virginidad. Pero lo que en un principio es considerado un deber del hermano mayor, pasa a ser, en un segundo momento, un deber de todos los chicos de la comunidad. La vigilancia se extiende, entonces, sobre todas las chicas del barrio. Así, cualquier chico tiene el derecho a dirigir la vida de cualquier chica. La presión cede paso a la opresión. Tiene lugar un incremento de las dificultades para estudiar y el matrimonio se vuelve un fin natural para las mujeres. Se establece que una chica que tenga relaciones sexuales antes del matrimonio, o que sea sospechosa de haberlas tenido, merece ser castigada, puede ser insultada, golpeada, violada por varios chicos e incluso asesinada. Estos chicos se convierten en los nuevos guardianes del barrio. Se trata de un proceso lento, pero radical, de posesión del cuerpo de la mujer. Lo permitido en los ochenta, cosas tan sencillas como el maquillaje o la ropa ajustada, ahora es prohibido y la feminidad pasa a ser una provocación reprobable. Todo apunta a que la tradición patriarcal, presente en estos chicos, así como el paro, el rechazo y la discriminación sufridos fuera de los barrios hayan sido los causantes de semejante situación. Negados fuera, se reafirman en el espacio acotado de estos núcleos de población. La sobreprotección y endiosamiento de estos chicos en el seno familiar habrían chocado con la falta de re-

conocimiento, de exclusión y de no pertenencia a la nación sufrida en el exterior. El resultado sería esta reacción, no contra la sociedad, sino contra las chicas de su propia comunidad: mediante la reafirmación de su poder en los barrios, aquello sobre lo único que parecen poseer un control, estos chicos consiguen tener una sensación de dominio que no han podido conseguir de otra manera.

Las reacciones de las chicas ante esta violencia indiscriminada han sido muy variadas. La autora las clasifica en tres grupos. Dentro del primer grupo habría tres tipos: las «sumisas, las masculinas y las transparentes». Las sumisas son las que se han adaptado al estado de violencia continuado mediante la asimilación de los comportamientos que habían denunciado las luchas feministas de los años 70. Desempeñan afanosamente las tareas del hogar, jugando, dice la autora, a ser «hijas de buena familia», «buenas hijas» y «buenas madres». Las masculinas, por otra parte, manifiestan una actitud violenta. Lo que hacen es adoptar el comportamiento masculino dominante y agresivo para darse a respetar. Se presentan en bandas, portando ropa que oculta su feminidad. Insultan y golpean, mostrándose aún más violentas que los chicos porque, dice la autora, pueden manifestarse más duras y sádicas que ellos. Creen que deben pegar más fuerte que los chicos para conseguir el respeto que ellos obtienen. Al ser su género discriminado consideran que deben mostrarse doblemente violentas para ser creíbles. Y en tercer lugar están las que denomina «transparentes». Invisibles, como los fantasmas, entran y salen de los barrios con la única intención de terminar sus estudios. Tienen, generalmente, la intención de salir lo antes posible de la situación en la que se encuentran para irse a vivir a la ciudad. No pertenecen a ninguna asociación ni participan en la vida de la comunidad. Estas chicas encuentran muchas más dificultades que las mujeres de su anterior generación para que su familia acepte sus estudios y cada vez más chicas son retiradas de la escuela, ya sea para ayudar en las labores domésticas, para ser enviadas a sus países de origen por motivo de mala o supuesta mala conducta, o para ser sometidas a matrimonios forzados.

Un segundo grupo lo componen las chicas portadoras del velo. Este grupo también se divide en tres subgrupos. El primero de ellos lo constituyen las chicas que llevan el velo voluntariamente. Comul-

gan con los dictados religiosos, lo que les otorga un sentimiento de existencia legítima. Son musulmanas y así lo reivindican. El segundo está formado por las «temerosas». Llevan el velo como medida de protección. La mayoría de estas chicas se lo quita una vez fuera de los barrios y se lo vuelve a poner a su regreso. También suelen llevar maquillaje encima. Las llaman las «filles-cabas», llevan, bajo su «armadura», ropa ajustada, escotes... Y el tercero lo componen las «militantes». Denominadas por la autora como «soldados del fascismo verde», son, generalmente, chicas con estudios que llevan el velo como parte del proceso de emancipación en el que dicen estar implicadas. No obstante, añade Amara, tras el símbolo del velo no hay más que una sociedad fascista que nada tiene que ver con la democracia, así como la libertad de expresión que se deriva de ella, que estas chicas promulgan. Muy al contrario, afirma, el velo es un objeto opresor, tal y como prueba el hecho de que las mujeres que no lo llevan corren el riesgo de ser agredidas por los miembros masculinos de su propia comunidad. El velo es para la autora sinónimo de opresión y reclusión, este grupo de chicas es, así, calificado por Amara de gravemente peligroso.

Por último, Amara describe a lo que considera el grupo mayoritario, las chicas que luchan contra la opresión mediante la afirmación de su feminidad. Con un marcado contraste con respecto a las luchas feministas de los años 70, estas chicas visten según los dictados de la moda, con ropa ceñida y maquilladas, dice, muchas veces a ultranza, pretenden resistir la violencia y dominación masculina. Su grito consiste en la reivindicación de aquello que les es negado, su feminidad, el argumento se resume así: si ellos nos prohíben maquillarnos, nosotros nos maquillaremos aún con más razón. Es el grupo que recibe con más frecuencia los ataques violentos de los chicos.

Es a partir de esta situación que a Fabela Amara se le ocurrió organizar una marcha como medida de protesta, una marcha que daría lugar a la asociación «Ni putes ni soumises» y ésta, a su vez, a la publicación de este libro que lleva el mismo título. Era necesario, dice, gritar para poder ser escuchadas. Y es necesario seguir tratando de hacer evolucionar las mentalidades en cuanto a las relaciones entre hombres y mujeres.

Lucía ACOSTA MARTÍN

